



VIAJE A LONDRES

Acabo de estar unos días en Londres, cosa siempre necesaria para percatarnos de las diferencias entre los seres humanos y de la evolución que éstos experimentan, queramos o no queramos, nos guste o no nos guste.

Al regresar del viaje, comparaba lo que allí he visto y oído con el análisis que estamos haciendo en dos seminarios de trabajo, en MADRID, acerca del hombre actual y lo que él espera del cristianismo.

Estoy llevando estos dos seminarios, que se titulan «Expectativas del hombre actual» y «Cristianismo». En uno de ellos tengo a veintidós sacerdotes y una chica joven. En el otro tengo a treinta y cinco o cuarenta universitarias y a cinco o seis universitarios.

Como es natural, los sacerdotes que trabajan en el seminario pretenden descubrir cuáles sean los anhelos y tendencias del hombre actual, para saber cómo deben presentar el mensaje del cristianismo a este nuevo hombre que está emergiendo en el mundo.

Las universitarias, en cambio, se plantean un problema más íntimo, porque desean saber qué concordancia puede haber entre la fe y el hombre y la mujer del futuro.

Sin duda, a todos, cristianos y no-cristianos, nos interesa saber qué es lo que tenga que decir el cristianismo en un mundo que está en transformación, y que va a ser muy diferente del que nosotros hemos conocido hasta ahora.

Sin embargo, la diferencia que hay entre el mundo que se vive en Inglaterra y el nuestro debe hacernos pensar que todavía nos encontramos nosotros más arrimados a lo anterior que a lo que va a venir.

Por eso es preciso analizar algunas reacciones y actitudes de estos países, muy distantes de nosotros, porque en cualquier momento nos podemos encontrar con que algunas de estas características, sobre todo en la juventud, empiezan a desarrollarse ampliamente entre nosotros.

La primera cosa que me chocó, al llegar a Londres un domingo a mediodía, fue encontrarme con una manifestación contra los americanos en el Vietnam, que, con banderas rojas y carteles, pedía la terminación de la guerra. Entre los pacíficos manifestantes juveniles abundaban las barbas y las gafas redondas de metal.

Mientras pasaba la manifestación, otra serie de contra-manifestantes repartían a los espectadores hojitas de propaganda en contra de los comunistas, y se declaraban a favor de la intervención americana. Y todo ello lo hacían con la mayor seriedad, y sin que pasase ningún incidente.

Al mismo tiempo, en Hyde Park, en la famosa esquina de los oradores, se encontraban siete u ocho grupos con algún conferenciante improvisado, hablando de las cosas más dispares, y entre ellos, una mujer, que ya no se vestía con sombrero y falda larga como las antiguas sufragistas inglesas, sino con pantalones.

Pocas horas después estaba recorriendo Oxford Street, y, de repente, apareció otra pequeña manifestación de niños y niñas vestidos de verde, tocando las gaitas y con dos banderas: una irlandesa y la otra americana. Se trataba de un homenaje a la muerte del padre de los Kennedy, de ascendencia irlandesa. Los niños, como antes los manifestantes contra la guerra del Vietnam, iban protegidos por la seria policía inglesa, con su rostro impertérrito.

Todavía más significativo de esta convivencia y de esta lucha pacífica ideológica, me resultó la escena que vi en la Exposición de la Construcción. En el grandioso edificio Olimpia había centenares de «stands», donde los diferentes fabricantes exponían las últimas novedades en materiales para la edificación: pavimentos, revestimientos de paredes, losetas para falsos techos, impermeabilizantes, electrodomésticos, etc. En el piso superior, dedicado principalmente a «stands» por países, mi sorpresa llegó al colmo al encontrarme de repente con un «stand» en el cual había el siguiente cartel, a la entrada: «Free stand for the revolutionary young people». Y efectivamente, dentro de la mayor seriedad, se encontraba este nuevo «stand» servido no por sesudos señores

o chicas jóvenes con super-mini como en los otros, sino por jóvenes barbudos que ofrecían su mercancía totalmente incongruente con lo que se exhibía en los demás «stands». Eran «posters» y carteles alusivos a Che Guevara, folletos anarquistas y libros de extrema izquierda.

La verdad es que parece haberse llegado, en ese país, a valorar ante todo los medios pacíficos de influencia y no confiar —como se hace en otras regiones y continentes— exclusivamente en los medios violentos.

Esto nos debería llevar a reconsiderar, a la luz de la sociología y de la psicología, cuáles sean los medios de influencia más eficaces de cara a los demás, porque quizá pensamos ingenuamente que son los que nos parecen más evidentes, y, sin embargo, a lo mejor no es así.

Las calles de Londres están llenas de gente joven, a diferencia de otras ciudades. La verdad es que a todos los que fuimos a este viaje nos chocó, sin saber a qué atribuir este fenómeno. Las chicas van casi todas con super-mini, pero, eso sí, con abrigo largo —tipo ruso— hasta los pies. No es como en París, que las faldas juveniles son un poco más largas y los abrigos un poco más cortos. La moderación francesa se manifiesta incluso en este detalle.

Iglesias hay pocas, y dan la sensación de ser una tradición más entre las curiosas tradiciones de este país, conservadas más por rutina que por otra causa.

Esta juventud, que se encuentra a gran distancia de las religiones tradicionales, puede tener, sin embargo, una cierta religiosidad como vemos en los «hippies». Ellos celebran algunas sencillas acciones rituales que tienen gran semejanza con las antiguas religiones. Y, sin embargo, el resto de sus vidas y de su actitud nada tienen que ver con lo religioso, salvo ese respeto por el amor que poseen, si bien sea en ellos un amor vago, pasivo y difuso.

¿Por qué los creyentes no nos centraríamos en esta idea del amor, renovándola de concepciones demasiado ritualistas, sentimentaloides o limosneras, y buscando, en cambio, su dinámica profunda para la transformación del mundo? Lo que, desde luego, ya no tiene sentido son cosas como los dos detalles que vi también en Londres. Paseando por Oxford Street —en el centro mismo de Londres— se nos acercaron dos o tres hombres y mujeres casi ancianos, vestidos con ese uniforme semi-militar del Ejército de Salvación, y nos invitaban a entrar en su local, o a coger algunas de las hojas de propaganda, para fomentar esa caridad que tantas veces hemos visto en las películas de otros tiempos.

Tampoco puede ser la religión lo que vi en el pequeño local de King's Road, de la secta llamada Ciencia Cristiana. Tienen este pequeño local, acogedor, en la calle de la juventud, que ha desplazado a la famosa Carnaby Street. Y había en él una sala de lectura y una tienda de libros servida por una señora de pelo blanco, que daba toda suerte de facilidades para prestar o vender los libros de este grupo cristiano, que pretende utilizar la religión como medio curativo de nuestras enfermedades. Este tipo de religión resulta totalmente anacrónico, porque lo único que pretende es volver a alienar a los hombres, haciendo depender de la fe lo que debería depender de nuestro esfuerzo constructivo para conseguir un mundo más justo y más desarrollado.

No es, por tanto, extraño que esta juventud se desinterese casi totalmente de la religión y de la moral que han aireado la mayoría de los grupos religiosos hasta ahora, y que quiera liberarse —sin violencias ni distorsiones— de estos lazos negativos que sus padres vivieron. Por eso, uno de los principales mentores de esta juventud es Wilhelm Reich, que de una manera drástica rompió con cualquier tabú de los que gobernaban las relaciones sexuales entre los seres humanos en tiempos anteriores.

Lo que nosotros tenemos que hacer es centrar el núcleo esencial de lo religioso y lo moral, limpio de mitos, supersticiones y alienaciones, en el amor, en un amor renovado, impregnado de justicia. Porque con nuestras actitudes anteriores nada tenemos que hacer en un mundo diferente como el que se vislumbra en estas relaciones, libres y exentas de prejuicios, que la juventud de países como Inglaterra nos muestra.